

	Págs.
58. La Batalla de Calderón, por Guillermo Prieto.	254
59. Juan Cureña, por J. Antonio Rivera G.	258
60. Las Norias de Baján, por Guillermo Prieto	263
61. La Muerte de Hidalgo, por Guillermo Prieto.	269
62. Mina, por Guillermo Prieto.	273
63. La Tragedia de Padilla, por Antonio de P. Moreno.	276

ROMANCERO

DE LA GUERRA DE

INDEPENDENCIA

POR

Manuel Acuña, Vicente Riva Palacio,
 José Rosas Moreno, José Peón Contreras,
 Guillermo Prieto, J. M. Roa Bárcena, Juan de Dios Peza,
 José López Portillo y Rojas, Francisco Sosa, Gustavo Baz, Manuel de Olaguibel, Joaquín Gómez Vergara, Eduardo E. Zárate, Presbítero Ramón Valle, Rafael Ceniceros y Villarreal, Ezequiel A. Chávez, Juan N. Cordero, Antonio de P. Moreno, Rafael Ruiz Rivera, Ignacio Pérez Salazar, Rafael Nájera, Fulgencio Vargas, Joaquín Téllez, José Fernández de Lara, Rodolfo Talavera, Francisco de A. Lerdo, Ramón Rodríguez Rivera, Diego Bencomo, J. Antonio Rivera G., Mariano de J. Torres, Rafael del Castillo, José de J. Díaz, Emilio de Arriola, E. Amador, Ramón Mena, Pablo J. Villaseñor, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO II

(Reservados los derechos de propiedad.)

ROMANCERO

DE LA GUERRA DE

INDEPENDENCIA

POR

Manuel Acuña, Vicente Riva Palacio,
José Rosas Moreno, José Peón Contreras,
Guillermo Prieto, J. M. Roa Bárcena, Juan de Dios Peza,
José López Portillo y Rojas, Francisco Sosa, Gustavo Baz, Ma-
nuel de Olaguibel, Joaquín Gómez Vergara, Eduar-
do E. Zárate, Presbítero Ramón Valle, Rafael Ceniceros y Villarreal,
Ezequiel A. Chávez, Juan N. Cordero, Antonio de P.
Moreno, Rafael Ruiz Rivera, Ignacio Pérez Salazar, Rafael Ná-
jera, Fulgencio Vargas, Joaquín Téllez, José Fernán-
dez de Lara, Rodolfo Talavera, Francisco de A. Lerdo, Ra-
món Rodríguez Rivera, Diego Bencomo, J. Antonio Ri-
vera G., Mariano de J. Torres, Rafael del Castillo,
José de J. Díaz, Emilio de Arriola, E. Amador,
Ramón Mena, Pablo J. Villaseñor, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO II

(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910.
IMPRENTA DE "EL TIEMPO,"
DE VICTORIANO AGÜEROS.

EDITOR

1.^o de Mesones núm. 18



HIDALGO

I
¡FIAT LUX!

I
Tranquilo estaba Dolores,
el melancólico pueblo
que duerme cual las gacelas
entre el verdor y el misterio
de las frescas enramadas,
de los alegres viñedos.
La noche, princesa nubia
de obscurísimos cabellos,
ostentaba su corona
de estrellas y de luceros;
y en su veste repujada
de fantásticos reflejos
envolvíanse las casucas,
esfumábanse los cerros.
Los pajaritos dormían
en los árboles y aleros
y la brisa se colaba
por callejones estrechos;
la corriente juguetona
de algún humilde arroyuelo
en el césped apagaba
sus cristalinos lamentos.

II.

Sopor y calma solemne
 doquier extendían su imperio
 cual si fuese aquel lugar
 un sepulcro gigantesco;
 sólo el monótono aullar
 de los coyotes y perros
 en el obscuro confin
 escuchábase á lo lejos.
 Derepente, por el rumbo
 de San Miguel ó Querétaro,
 se escuchó sobre las rocas
 de un caballo el pataleo;
 y cual si fuese una flecha
 ó azul ráfaga de viento,
 un jinete apareció,
 una sombra, un espectro;
 y cruzando las callejas
 con ardor y con estrépito
 llegó á la casa cural
 del melancólico pueblo.

III

Unos dos aldabonazos
 en la tiniebla se oyeron,
 y fueron á despertar
 de aquella casa á los dueños.
 Pronto la puerta se abrió,
 sobre sus goznes crugiendo,
 derramándose en la calle
 de una bujía los destellos:
 un indígena ataviado
 con calzoneras de cuero,
 roja cotona bordada
 que parecía terciopelo,
 presentóse á recibir
 á aquel extraño viajero,
 que apéanlose en el umbral

metió su caballo luego;
 y sin hacer ceremonia,
 saludo grande ó pequeño,
 indicó que hablarle al cura
 necesitaba al momento.
 Un anciano sacerdote
 de continente risueño
 cuya mirada alumbraba
 del corazón los secretos,
 pronto estuvo á saludar
 con dulce y sonoro acento
 al hombre que á aquella hora
 llegaba á turbar su sueño;
 éste, después de besar
 con amor y con respeto
 la diestra de sacerdote
 tan simpático y tan bueno,
 de su bolsillo sacó
 cuidadosamente un pliego,
 y entregándolo en su mano
 guardó profundo silencio.
 El anciano desdobló
 aquella carta sereno
 y al leer su contenido
 contrájose su entrecejo;
 y en seguida, dirigiéndose
 á tan formal mensajero,
 "Venid, le dijo, y marchó
 á su alcoba ó aposento.
 Sentado ya en vieja silla,
 invitó á su compañero
 á descansar un instante,
 á platicar un momento.

IV

¿Y vos sabéis por ventura,
 el eclesiástico dijo,
 lo que una noble mujer (*)

(*) Doña Josefa Ortiz de Domínguez.

me avisa con este escrito?
 —Señor, respondió el enviado,
 tan sólo llegó á mi oído
 el rumor de una denuncia
 hecha por un asesino:
 anoche, al sonar la "queda,"
 ya encontrándome dormido,
 escuché la dulce voz
 de un arcángel de cariño:
 es una santa mujer
 que en su terrestre camino
 va sembrando dondequiera
 caridad y beneficios;
 yo le debo cuanto soy,
 y mi mujer y mis hijos
 pronunciamos con repeto
 su caro nombre bendito."
 Una lágrima rodó,
 diamante azul, cristalino,
 por la faz emocionada
 de aquél hombre agradecido.
 —Perdonad ¡oh señor cura!
 este homenaje sencillo
 que tributo ante el recuerdo
 de aquél ángel de cariño.
 —Seguid, replicó el anciano,
 que me son bien conocidos
 los méritos y virtudes
 de la esposa de un amigo (*)
 que ha jurado defender
 la tierra en que hemos nacido.
 —Decía, señor, que vibraba
 de "queda" el toque tristísimo,
 cuando aquella gran mujer
 con voz solemne me dijo:
 "Ignacio, una gran desgracia,
 "un espantoso peligro

(*) Don Miguel Domínguez, Corregidor de Querétaro.

"se cierne sobre las frentes
 "de mis más caros amigos;
 "un infame delator,
 "tan malvado como inicuo,
 "nuestros planes y secretos
 "al español ha vendido,
 "y en estos mismos instantes
 "órdenes hánse expedido
 "de prisión y de secuestro,
 "de matanza y exterminio.
 "Corre, vuela hasta Dolores,
 "salva ese inmenso camino
 y cuenta al señor Hidalgo,
 "lo que tus ojos han visto,
 "y dile, que sólo espero
 "como respuesta á mi aviso,
 "escuchar de libertad
 "el más estruendoso grito."

V

En ese momento oyóse.
 sordo, confuso, lejano,
 un rumor que se acercaba
 de voladores caballos.
 Desembocan en la calle
 y, jadeantes, piafando,
 se detienen al umbral
 de aquél techo hospitalario.
 Unos toques vigorosos
 en la madera sonando
 perdiéronse entre la sombra,
 gimieron en el espacio.
 Ante aquella novedad
 levantóse el eclesiástico
 y al zaguán se encaminó
 con una luz en la mano.
 Ya el indígena de marras
 la puerta había franqueado
 y chocaban las espuelas

en las baldosas y cantos.
 —Buenas noches, señor cura,
 dijo un militar gallardo
 tan rubio como la espiga
 que crece en el mes de Mayo.
 —Usted las tenga mejor,
 mi querido don Ignacio,
 que en hora tan triste y fría
 cruza estos lóbregos campos.
 —El enemigo no duerme,
 nos acecha, y confiado
 de que nos ha de encontrar
 como lirones roncando,
 tiene expedidas sus órdenes
 para mañana apresarnos
 y en el cadalso acabar
 con nuestros sueños dorados.
 —Pasad, capitán, y hablemos,
 que el tiempo vuela, y acaso
 instante como el actual
 á tener no lo volvamos.
 Y aquéllos hombres cogiéndose
 con gran cariño del brazo,
 al aposento cural
 lentamente penetraron.
 En tanto afuera se oía
 del sereno los silbatos,
 el ladrido de los perros
 y el breve cantar del gallo.

VI

Los dos tomaron asiento,
 y el eclesiástico hablando
 así dijo al militar
 con acento de inspirado:
 “Señor don Ignacio Allende,
 “en el gigantesco horario
 “de los siglos, va á sonar
 “el momento sacrosanto,

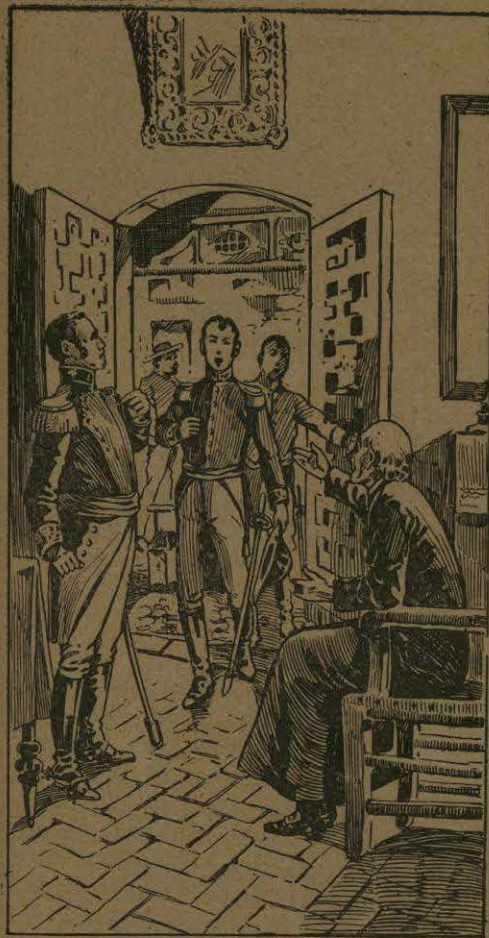
“la hora de redención
 “de innumerables esclavos.
 “La engástula va á caer,
 “y al derrumbarse en pedazos
 “entre sus ruinas y escombros
 “sepultará á los tiranos.
 “Correrá la sangre humana,
 “devastaránse los campos
 “y en voraz conflagración
 “arderán ricos poblados.
 “Las madres desventuradas,
 “los huérfanos sin amparo
 “llorarán inconsolables
 “su aflicción y su quebranto;
 “pero cúpese al soberbio,
 “maldígase al inhumano
 “que trata como á las bestias
 “á los que son sus hermanos.
 “Nos empuja el despotismo,
 “nos provocan los malvados,
 “y ese duelo sin cuartel
 “esta noche lo aceptamos;
 “moriremos en la lucha,
 “quedaremos en el campo
 “y quizás con nuestra sangre
 “teñiránse los cadalsos;
 “pero la idea vivirá,
 “y ascendiendo del Calvario
 “se asentará en el Tabor
 “como Jesús, fulgurando...!
 “Prometamos, capitán,
 “en este instante sagrado,
 “consumir nuestra existencia
 “de la Patria en holocausto;
 “juremos arrebatarla,
 “con las armas en la mano,
 de la infamia y opresión
 “á que España la ha lanzado”...

 Allende se puso en pie,

sublime, transfigurado,
 y con voz que asemejaba
 de la tormenta los rayos,
 contestóle al sacerdote:
 "Por mi honor, señor Hidalgo,
 "y ante mi conciencia y Dios,
 "me comprometo y declaro,
 "desde esta noche pelear
 "contra el gobierno tirano
 "que á mi patria sacrifica
 "y escarnece á mis hermanos."
 —Esa misma es nuestra voz
 y también eso juramos,
 dijeron dos militares
 que en ese instante llegaron:
 eran el valiente Aldama
 y Abasolo don Mariano
 que en alas del patriotismo
 buscaban al Padre Hidalgo.
 —Brindemos, pues, por la Patria,
 mis capitanes bizarros,
 dijo lleno de alegría
 aquél fogoso eclesiástico.
 —"La libertad ó la muerte,"
 todos á una clamaron,
 y en el aire se escuchó
 el retintin de los vasos.
 —Marchemos, pues, á la cárcel,
 y, á la guardia desarmando,
 tradúzcanse las palabras
 en recios golpes de mano.
 Y aquellos locos sublimes
 á la calle se lanzaron
 con gritos de ¡Viva América!
 ¡Guerra á muerte á los tiranos!

VII

Penetran en las prisiones
 y los fusiles tomando



Hidalgo conferenciando con Allende, Aldama
 y Abasolo

quiebran grillos y cerrojos
 y aprehenden á los soldados.
 Manda el caudillo que suban
 Dos hombres al campanario
 y repiquen sin cesar
 los esquilones sagrados.
 Al oír aquél clamor
 despértase el vecindario
 y con música y coñetes
 saluda á los conjurados:
 en el relox de la iglesia,
 melancólicos sonaron
 unas doce campanadas
 como lamentos humanos.

 II

 UNA BANDERA Y UN GRITO.

 I

Aun no asomaba en Oriente
 la luz primera del alba,
 cuando en Dolores se oía
 el toque de las campanas.
 Hidalgo, el pastor solícito,
 á sus ovejas amadas
 de la misa al sacrificio
 muy temprano las llamaba,
 y éstas, prontas á la voz
 de aquel padre que adoraban,
 juntáronse en la parroquia
 á saborear sus palabras.

Con la dulzura evangélica
 por él siempre acostumbrada,
 saludó á sus feligreses

aquella hermosa mañana;
 y sublime, majestuoso,
 cual si ocupase la cátedra,
 de independencia y honor
 dióles bellas enseñanzas;
 les habló de propiedad,
 de riqueza y bienandanza,
 de honores y dignidades
 que sólo obtienen y alcanzan
 los ciudadanos de pueblos
 y naciones soberanas.
 Y por último, exhortólas
 á vindicar de la Patria
 los sacrosantos derechos
 que el extraño le usurpara.
 Entusiasmados los hombres
 con aquellas frases mágicas
 que de labios del Pastor
 tan elocuentes brotaran,
 subleváronse también,
 y armándose con espadas,
 con garrotes y con hondas
 é instrumentos de labranza,
 engrosaron la corriente
 que inundar amenazaba
 las ciudades y los pueblos
 de toda la Nueva España.

II.

Cuando el sol hubo bañado
 de roja luz las montañas,
 salió Hidalgo de Dolores
 con su gente alborozada.
 Dirigióse á San Miguel;
 y de toda la comarca
 uníansele de gañanes
 cuadrillas desarrapadas;
 jinetes en sus rocines
 los mayordoms llegaban

y los fieros caporales
 con arcabuces y lanzas.
 Junto á los viejos veíanse
 ios hombres de edad temprana
 y hasta mujeres y niños
 entre la turba formaban.
 ¡Qué hermoso y bello espectáculo
 ofrecía aquella masa
 de soldados y peones
 de confusa indumentaria!
 Pero á qué decir confusa,
 si casi todos marchaban
 medio desnudos, y apenas
 con huaraches en sus plantas...!
 Nuevos hijos de Israel,
 con su jefe á la vanguardia
 en pos de la Libertad
 jubilosos caminaban;
 y no les arredraban
 las sangrientas oleadas
 del Mar rojo de la lucha
 que ya á su frente bramaba,
 antes bien, se exaltarían
 con la sangre y la matanza,
 con el fragor tormentoso
 de mortíferas batallas.

III.

Vieron pronto, entre las huertas
 que bordeaban el camino,
 las casucas y jacales
 del pueblo de Atotonilco,
 y como flechas lanzadas
 sobre un cielo de zafiro
 las cruces de aquel Santuario
 venerado y concurrido.
 La turba allí descansó,
 y penetrando el caudillo
 en la humilde sacristía

de aquél misterioso asilo,
 contempla la imagen dulce
 de la madre de los indios;
 como blanca inspiración
 un pensamiento le vino:
 hacer con aquella imagen
 la bandera de sus hijos.
 Presto izóla en una lanza
 y con fe, con regocijo,
 mostróla á la muchedumbre
 como lábaro bendito.
 ¡Viva la Virgen Santísima
 de Guadalupe (dijo)
 y mueran los gachupines!
 nuestros crueles enemigos.
 Un clamor de tempestad
 se escuchó tras de ese grito
 que repitieron los montes,
 las llanuras y los ríos;
 y acogieron con amor
 aquél sacrosanto símbolo,
 como tormenta la turba
 descolgóse en el camino.

IV.

Al expirar aquél día
 de eterna y grata memoria,
 á San Miguel ocupaba
 el Caudillo con sus tropas:
 la nubecilla pequeña
 que brotara con la aurora,
 ya en la noche revestía
 la negrura de una tromba.

III

EN LA ALHONDIGA DE GRANADITAS.

I

El veintiuno de ese mes
 tan fecundo en hechos magnos,
 llamó el caudillo á las puertas
 de la rica Guanajuato.

Una breve intimación
 pronto recibió en sus manos
 el valeroso intendente
 don Juan Antonio de Riaño.
 La respuesta fué inmédiata
 y con tono mesurado
 revelaba el pundonor
 de un hidalgo castellano
 listo á defender el puesto
 que le habían encomendado.

II

Previsor el intendente
 y del pueblo recelando,
 se encerró con los caudales
 y prominentes hispanos
 dentro la Alhóndiga ó fuerte
 de "Granaditas" llamado.
 Mandó á Calleja una nota
 con especial emisario
 diciéndole: "Voy á ser
 "en este instante atacado;
 "y en tal virtud, os suplico
 "que sin demora ó retardo
 "me saquéis de tal apuro,
 "me libréis de este quebranto.

"Numerosas son las huestes
 "del audaz americano;
 "pero yo resistiré
 como cumple á un hombre honrado."

III

Una inmensa polvareda
 que entenebrece al espacio,
 por el rumbo de Marfil
 va envolviendo á Guanajuato;
 la acompaña sordo ruido
 que, prontamente llegando,
 tiene acentos de huracán
 y clamores de Océano;
 y los ecos de los valles
 y los cóncavos barrancos
 acreciendo aquél fragor,
 predisponen al espanto.
 Fronto asoma, presto surge
 las alturas coronando
 roja selva de estandartes
 por la brisa desplegados,
 y magnífico, sublime,
 todo un pueblo vitoreando
 á sus jefes, á la Patria,
 con las armas en la mano.
 Impetuoso se descuelga
 de los cerros por los flancos
 aquél enorme turbión
 de hombres y de caballos,
 y cual alud que desgaja
 las encinas y peñascos
 va á caer en las trincheras
 rebosantes de soldados.
 Una descarga horrorosa
 de fusiles y bombazos
 ilumina l'ancha fila
 del ejército de Riaño:
 y las mortíferas balas

CAPITULO
 HISTORIA
 DE
 GUANAJUATO

como globos centellando
 vándose á incrustar en la carne
 de los desnudos indianos;
 éstos páranse al oír
 los tremendos cañonazos;
 pero iracundos, al ver
 humear su sangre en los charcos,
 se adelantan como leones
 deshaciendo, aniquilando
 las trincheras y reductos
 con que soñara el hispano
 detener la enorme masa
 de labriegos sublevados.

Ante aquél empuje horrendo,
 desbándose hecha pedazos
 la española infantería
 y centenas de caballos;
 más con furia perseguidos
 y doquier acribillados,
 con sus cadáveres cubren
 la aspereza de aquél campo.
 Buscan entonces abrigo
 los restos ensangrentados
 dentro las gruesas paredes
 de aquél castillo titánico
 que de roca modeló
 el genio austero de Riaño;
 pero una lluvia implacable
 de pedruscos rebotando
 sobre muros y azoteas,
 ios rechaza al interior,
 los azota sin descanso
 haciendo pronto sentir
 el más invencible pánico
 Un disparo de fusil
 corta la vida de Riaño
 que ante los suyos cae
 como un gladiador romano.
 Entonces crece la lucha,



Exterior del Castillo de Granaditas

CAPÍTULO
 V
 LA LUCHA

y es más horrible el estrago
 que ocasionan los fusiles
 en uno y en otro bando.
 Los españoles pretenden
 en su furor insensato,
 rechazar como leones
 aquel espantoso asalto,
 y sin dar ningún indicio
 de temor ó de cansancio,
 por las ventanas arrojan
 férreas gramadas de mano.

IV

Se oyó por fin el acento
 viril y fuerte de Hidalgo
 que la puerta del castillo
 señalaba á sus soldados:
 un heróico barretero,
 cual un antiguo espartano
 los deseos adivinó
 de su jefe idolatrado;
 y cargándose una losa,
 y hachón ardiente en la mano,
 bajo un diluvio de ballás
 adelantóse incendiando
 aquella ferrada puerta
 que estorbábales el paso.
 Un espantoso clamor
 que los ecos agrandaron
 se escuchó trás del arroyo
 de aquél hombre extraordinario;
 y las turbas como ráfagas
 del abismo se lanzaron
 dentro aquella boca ígnea
 que vomitaba el espanto;
 y sin haber compasión,
 ruego y lágrimas burlando,
 á todos los que encontraban
 con furor acuchillaron.

Opulento fué el botín
 de aquel terrífico asalto,
 cuya matanza y horrores
 claramente demostraron
 el odio mútuo que había
 entre españoles é indianos.
 Aquel pueblo escarnecido
 por casi trescientos años,
 duras cuentas exigía
 á los que fueron sus amos.

IV

UN TE DEUM.

Las resonantes campanas
 de más de cuarenta iglesias,
 en Valladolid se oían
 remedando una tormenta.
 Saludaban majestuosas
 de bronce sus roncás lenguas
 al genio que allá en Dolores
 gritara la Independencia.
 La artillería detonaba,
 y músicas vocingleras
 alegremente aturdían
 las calles y las plazuelas.
 Abigarrada la turba
 con sus vestidos de fiesta
 corría para ver entrar
 á la hueste gigantesca
 que en Guanajuato clavara
 después de lucha cruenta
 de honor y de libertad
 la sacrosanta bandera.
 Cerca de cien mil indígenas
 cual hoscas tribus guerreras

ocuparon la ciudad
 y sus campiñas amenas
 donde las flores más lindas
 al cielo hermoso le muestran
 su cáliz siempre cuajado
 de brillantísimas perlas.
 El clero abrió diligente
 de su Catedral las puertas
 y un magnífico "Te Deum"
 cantó por la vez primera
 en honor y acción de gracias
 de haber surgido la idea
 que destrozaba de un pueblo
 las oprobiosas cadenas.
 Y con la pompa litúrgica
 que desplegó en la Edad Media,
 levantó la excomuni6n
 que contra Hidalgo y sus fuerzas
 fulminara Abad y Queipo
 al tener noticia cierta
 de su audaz revoluci6n
 é innovadoras tendencias
 En tanto afuera rugían
 simulando una tormenta
 las rimbombantes campanas
 de más de cuarenta iglesias.

 V

 EN CHARO.

I

Después de instalar Hidalgo
 su libérrimo gobierno
 en Valladolid, marchó
 con sus tropas rumbo á México

A la mitad de ese día,
 del sol ardiente al reflejo,
 divisaron cual fantasma
 que se empina sobre un cerro,
 la mole triste y sombría
 de un humildísimo templo.
 A sus pies pobres casuchas
 de adobe crudo y de heno
 extendíanse cual rebaño
 por el declive paciendo:
 era el pueblito de Charo
 que adormiase en el silencio
 de aquellas montañas vírgenes,
 de aquellos campos desiertos.
 Se escucharon los clarines
 y los tambores crujieron
 saludando con sus voces
 aquél aduar pintoresco;
 y en las brisas que murmuran
 entre sabinos y cedros,
 volaron de libertad
 los sonoros acentos.

II

La Providencia que vela
 por los hombres y los pueblos,
 dispuso que aquél lugar
 fuese el teatro risueño
 do cruzasen sus palabras
 dos adalides, dos genios
 que juraron redimir
 con su sangre el patrio suelo.
 Hablaron de libertad,
 de autonomía, de derechos,
 de laureles y de triunfos
 y de cadalsos sangrientos:
 pero en el fondo veían
 de porvenir tan incierto,
 manumisos diez millones

de humanos seres abyectos,
 Pronto diéronse la mano,
 y en un adiós sempiterno
 marcharon aquellos hombres
 impulsados por su anhelo:
 Hidalgo siguió al Oriente,
 y de su tropa al estruendo
 temblaban en sus alcázares
 los orgullosos iberos,
 en tanto que rumbo al Sur
 dirigíase el gran Morelos
 á defender de la Patria
 los ultrajados derechos.

VI

EL MONTE DE LAS CRUCES.

I

Como serpiente monstruosa
 que con sus férricos anillos
 va azotando las montañas
 y la margen de los ríos,
 el ejército de Hidalgo
 sube por varios caminos
 á la Mesa do reside
 más pujante el poderío
 de la España en esta tierra
 que ofreciérale ha tres siglos
 la espada bárbara y cruel
 de sus soldados altivos.
 Cual tormenta huracanada,
 formando va remolinos
 la incontable multitud
 de indígenas atrevidos
 que anhelan pronto clavar

su santo pendón bendito
 sobre el obscuro almenaje
 del opulento castillo
 que luce en fiestas y galas
 el pendón de Carlos Quinto.
 En sus sueños de patriotas,
 han mirado y han creído
 que Cuauhtémoc va á su lado
 seguido de aquellos indios
 que en una noche obscurísima
 llorar hicieron, rendido,
 al más bravo capitán
 que produjera aquél siglo
 de aventuras y de arrojios,
 de hazañas y de prodigios,
 en que el sol no se ponía
 de la España en los dominios.
 Y ensordeciendo el espacio
 con sus clamores y gritos
 que contesta el huracán
 al retorcerse en los pinos,
 se internan en la montaña
 cuyas cimas de granito
 envuélvense en su turbante
 de vaporosos armiños.

II

Venegas puso á sus órdenes
 de don Torcuato Trujillo,
 una imponente sección
 de los cuerpos aguerridos
 que debían de sostener
 el buen nombre y el prestigio
 de la España en esta tierra
 que donárale ha tres siglos
 la espada bárbara y cruel
 de sus soldados altivos;
 y con gruesos cañones,
 parque abundante y equipo,

salieron aquellas tropas
 á encontrar en su camino
 á la indiana multitud
 cuyos clamores y gritos
 semejaban de una tromba
 los espantosos rugidos.
 Después de varios intentos
 parapetóse Trujillo
 tras los peñascos enormes
 de esos ciclopes andinos
 que con nombre de las Cruces
 son por todos conocidos;
 y armando sus baterías
 entre arboledas y riscos
 cauteloso allí esperó
 que asomase el enemigo.

III

En tanto los sublevados,
 á la sierra han ascendido,
 y en aquél augustó templo,
 al pie de un altar sencillo,
 que por dosel y techumbre
 tiene un cielo de zafiro,
 y por columnas y arcadas
 verdes hileras de pinos,
 prosternáronse á escuchar
 de labios de su caudillo
 las palabras misteriosas,
 los melódicos sonidos
 que ha señalado el ritual
 al incruento sacrificio,
 á la augusta ceremonia
 que recuerda á Jesucristo
 clavado sobre una cruz,
 azotado, escarnecido.
 Las brisas embalsamadas
 con el perfume dulcísimo
 que emerge al amanecer



Batalla en el Monte de las Cruces.

CAPÍTULO
 TERCERA
 PARTE

de los robles y los pinos,
 sacudían las hojas tiernas
 de las violetas y lirios
 que incensaban con su aliento
 el altar del sacrificio;
 y las aves en las frondas
 con sus cantos peregrinos
 respondían á la oración
 del "Sacerdote y Caudillo."
 Terminó la ceremonia,
 y un imponente ruido
 de aquel mar se levantó
 poco antes tan tranquilo.
 resonaron los tambores,
 y las trompetas sus himnos
 derramaron en los senos
 del agrio monte sombrío.
 Pronto inicióse el avance,
 y de sus jefes al grito
 treparon las bravas tribus
 por el áspero camino.

IV

Cual la tremenda explosión
 de un volcán embravecido,
 se oye súbito tronar
 la artillería de Trujillo.
 Una sección de rebeldes
 encuéntranse sorprendidos
 ante la horrible agresión
 que los diezma de improviso,
 se arremolinan y no hallan,
 en tal momento indecisos,
 el punto de donde parten
 las balas del enemigo;
 pero Allende por los flancos
 en aquel instante mismo
 contesta con sus cañones
 desde los montes vecinos.

Hidalgo con Abasolo,
 y Aldama valiente y irio
 conducen á sus soldados
 á desafiar el peligro.
 Encarnizase la lucha
 y un monstruoso vocerío
 va á apagar de la metralla
 los espantosos rugidos.
 Las hordas lanzan peñazos,
 y de la flecha el silbido
 remeda de las serpientes
 los horrorosos chillidos.
 Al fondo de las cañadas
 de oscuros antros hondísimos
 derrúmbanse rebotando
 los muertos y los heridos;
 y encima, cubriendo el monte
 con sus crespones fatídicos,
 hoguera horrible, gigante,
 retorciéndose en los pinos.
 Por fin, una turba de héroes
 desnudos y sin abrigo,
 se arroja á las baterías
 que lanzan el exterminio:
 un clamor universal
 y de gozo un alarido
 saluda la intrepidez
 de aquellos valientes indios.
 Ante tamaña osadía
 acobárdase Trujillo,
 y, sin rubor, tembloroso,
 deja el campo, fugitivo.
 La derrota empieza entonces,
 y, sin jefes, ni caudillo,
 todo el ejército hispano
 sucumbe bajo el cuchillo
 de aquellos indios indómitos
 cual bravos cual los antiguos
 que en una noche obscurísima
 llorar hicieron, rendido,

al más fiero capitán
 que produjera aquel siglo
 que pasear vió victoriosas
 por el orbe conocido
 las mesnadas y los tercios
 de Felipe y Carlos Quinto.

 VII

 RETIRADA.

I

Un poco más y al Oriente
 sobre el espléndido valle
 que contemplara otro día
 de su seno levantarse
 los templos y los palacios
 de un pueblo que era gigante
 en la industria y el comercio,
 en las ciencias y las artes,
 y que al golpe de su brazo
 rindiéranle vasallaje
 las naciones más lejanas
 y los imperios más grandes
 encadenada se mira
 la reina de las ciudades
 que se alzan del Septentrión
 á los altísimos Andes.
 Densa sombra de tristeza
 se cierne sobre sus calles,
 en sus plazas, en sus templos
 y en sus casas conventuales.
 Dormita junto á sus lagos
 de encantadores paisajes
 donde nevados se miran
 sus majestuosos volcanes.

Y en las noches muy oscuras
 imagina que ya salen
 en sus ligeras canoas
 bravos caciques audaces
 seguidos de sus vasallos
 á arrojar tras de los mares
 á los bárbaros que hollaron
 sus templos y sus deidades.
 En la bruma de sus sueños
 como meteoro destácanse
 de Moctezuma la pompa
 y Cuauhtémoc arrogante;
 recuerda del bosque augusto
 las ricas fiestas triunfales
 y los cánticos sagrados
 de sus danzas y sus bailes;
 recuerda que coronadas
 de rosas y de azahares
 brillaban más que la aurora
 sus pudorosas beldades,
 y que sus mancebos eran
 leones en el combate
 y palomas al cantar
 sus versos y madrigales.
 Pero ¡ay! que sólo quedan
 escombros tristes y humeantes
 de aquel pasado glorioso
 de aquella raza gigante
 que en el comercio y la industria,
 en las ciencias y las artes
 produjo máximos genios.
 legó monumentos tales
 que han cantado los poetas
 y admirado las edades.
 Hoy dondequiera se escucha
 rumor de espuelas y sables
 y del látigo el crujir
 rompiendo desnudas carnes.
 Derrumbáronse sus templos,
 profanaron sus altares,

fueron ahorcados sus príncipes,
 y entre violencias y ultrajes
 robáronles el honor
 á sus risueñas beldades.
 Por eso mortal tristeza
 se cierne sobre sus valles,
 en sus lagos, en sus bosques
 y en sus nevados volcanes.

II

Como el destello que alumbró
 la lobreguez espantable
 del abismo en que se ahoga
 una raza entre su sangre,
 la voz del Anciano Héroe
 difundiendo claridades
 hizo á un mundo comprender
 las desdichas sin iguales
 que bajo el duro gobierno
 de sus amos implacables
 cual único patrimonio
 el Porvenir reservábale.
 La Buena Nueva voló
 con impulso centellante
 por páramos y vergeles,
 por rancherías y ciudades.
 Hondamente conmoviéronse
 todas las clases sociales
 y rugieron como rugen
 embravecidos los mares:
 unos el final veían
 de horrible opresión salvaje,
 y otros la ruina segura
 de su poder y caudales.
 Por eso al saberse en México
 el espantoso desastre
 que sufrieron en las Cruces
 los soldados virreinales,
 tal terror se apoderó

del gobierno y los magnates
 que hasta en el fondo sombrío
 de los claustros sepulcrales
 ocultaron sus familias
 y riquezas incontables;
 mas aviesa la fortuna
 dispuso que se alejasen
 de la gran Tenoxtitlán
 los insurrectos triunfantes,
 mandándole un ¡adiós!
 á la reina de aquel valle
 que tiene por centinelas
 dos magestuosos volcanes,
 retrocedieron después
 de opinar sus capitanes
 unos en contra ó en pro
 de movimiento tan grave.
 Una década terrible
 de luchas y heroïcidades
 pasaría para volver
 á derramarse en el valle
 del sol de la libertad
 las divinas claridades.
 En tanto, tétricas nubes,
 rojos vapores de sangre,
 entoldarían con su sombra
 los templos y los alcázares
 de la cautiva beldad
 señora de las ciudades
 que se alzan del Septentrión
 á los altísimos Andes.

VIII

LA BATALLA DE ACULCO.

I

Desandando las montañas,
 repasando los senderos
 que escalaran como cóndores
 los caudillos insurrectos
 descienden por el camino
 que formando vericuetos
 conduce desde Toluca
 á la ciudad de Querétaro.
 Después de cuatro jornadas
 distinguen allá á lo lejos
 el cuadro triste y sombrío
 de un melancólico pueblo.
 Es Aculco (San Jerónimo)
 que al pie de estériles cerros
 indolente desparrama
 sus jacals cenicientos.
 Hacen alto los indianos;
 y los últimos reflejos
 van del sol á jugar
 sobre el ancho campamento.
 Negras sombras poco á poco
 de los montes van cayendo
 y en sus mortajas y pliegues
 el paisaje queda envuelto.
 Sólo las tristes hogueras
 con su rojo parpadeo
 iluminan la montaña
 como cráteres sangrientos.

II

Mas allá, tras un recodo,
 y á las espaldas del pueblo

CAPITULO VIII
 LA BATALLA DE ACULCO
 I

los realistas vivaquean
 confiados, somnolientos;
 en pabellones descansan
 los fusiles, y no lejos
 de Arroyozarco las trojes
 se levantan como espectros.
 Calleja se halla en persona
 al frente de aquel ejército
 con potente artillería
 y magníficos pertrechos.
 Sus avanzadas recorren
 olfateando cual sabuesos
 la maleza y los peñascos
 de aquél paraje desierto.
 Así discurren las horas
 y del alba al reverbero
 se miran cinco columnas
 de guerreadores iberos.
 Como manga de tormenta
 dirigense hasta los cerros
 donde Allende los recibe
 con cataratas de hierro;
 retroceden, y formando
 línea candente de acero
 sobre los indios disparan
 sus relámpagos y truenos.
 Pronto Calleja dispone
 terrible, audaz movimiento
 que con furia va á envolver
 la espalda del insurrecto.
 Los indígenas se aturden
 y sin orden ni concierto
 se retiran al azar
 por encontrados senderos:
 Allende va á Guanajuato
 de mal humor y violento,
 en tanto á Valladolid
 Hidalgo marcha sereno.

III

Desesperado Calleja,
 al ver de sus garras lejos
 á los héroes que soñara
 ver en cadaiso cruento,
 descargó toda su rabia
 en los pobres prisioneros
 que quintados allí mismo
 con entereza murieron.
 Desde entonces en la falda
 de aquellos pelados cerros
 vense en la noche vagar
 largas hileras de espectros.
 El viajero ó peregrino
 que los mira desde lejos,
 siente en su alma palpitar
 todo un mundo de recuerdos;
 y una voz que eterna vibra
 como de Dios el acento,
 le dice que los valientes
 que en ese campo cayeron
 firmaron con noble sangre
 la Independencia de México

IX

EL DEGUELLO.

I.

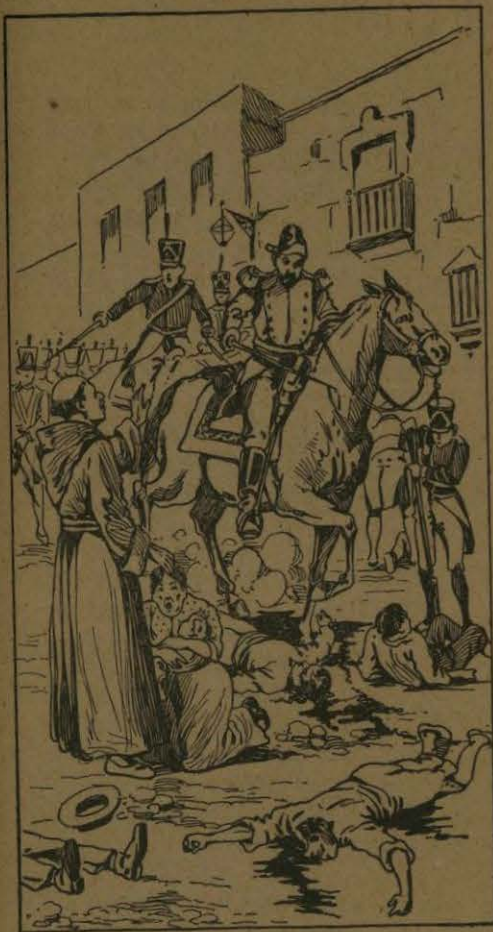
Tras las hermosas montañas
 do Guanajuato se esconde
 como sultana oriental
 entre alcázares de bronce,
 se escucha horrible el fragor
 que producen los cañones

y la ronca gritería
 de indígenas y españoles.
 Calleja, el feroz Calleja,
 marcha seguido de un Conde, (*)
 que ha jurado no dejar
 del insurgente ni el nombre.
 Al compás de los clarines
 y al toque de los tambores
 la española infantería
 se adueña de aquellos montes,
 y la hueste americana,
 sin armas ni municiones,
 retrocede ante el empuje
 de fuerzas tan superiores.
 Los heroicos barreteros
 sucumben como leones
 en defensa de su patria,
 de su honor y de sus dioses;
 y después de horrible lucha
 con su bandera en girones
 se retiran poco á poco
 los indianos luchadores.

II

Como hienas que hambre tienen
 ó cual tigres en el bosque,
 por calles y por plazuelas
 se extienden los españoles.
 Vibra el toque de degüello
 y á sus terríficos sonos
 se alzan horcas y patibulos
 con sus escenas de horrores:
 mueren ancianos y niños,
 lindas mujeres y jóvenes,
 y de sangre los raudales
 forman siniestros rumores.

(*) D. Manuel Flon, Conde de la Cadena.



Entrada de Calleja á Guanajuato

Como genios del averno
 todas las calles recorren
 Calleja, el feroz Calleja,
 siempre seguido del Conde
 que ha jurado no dejar
 del insurgente ni el nombre.
 Cuando la matanza impía
 crece en su furia y horrores,
 de un Apóstol de Señor (*)
 la voz augusta se oye:
 apostrofa á los sicarios
 y dirigiéndose al Conde
 de la Cadena, que absorto
 contemplaba al sacerdote,
 "Señor, le dice, mandad
 "que cesen ya vuestras órdenes;
 "no matéis ya más hermanos
 "entre torturas atroces.
 "Esas gentes que ahí véis
 "son inocentes, si fueran
 "criminales, vagarían
 "fugitivas en los montes:
 "yo os lo pido, os lo demando
 "por este Dios que en el último
 "día de los tiempos verá
 "lo que son vuestras acciones."
 Al influjo sacrosanto
 de la voz del sacerdote
 cedieron en su barbarie
 los soldados españoles.
 En tanto, lúgubres sombras
 de triste y lluviosa noche,
 de la ciudad envolvían
 los palacios y las torres,
 y como ronca protesta
 de fantásticos clamores
 las campanas sacudían
 sus duras lenguas de bronce.

(*) Fray José de Jesús Belanzarán.